

# MORFEO

## GLOSARIO

ARA: Jerga juvenil para denominar a una chica.

BARA: Jerga juvenil para denominar a una chico.

KIVRIS: Nueva versión de Toppers, que al tener el grafeno como sustitución de uno de sus elementos soporta mejor las altas temperaturas.

TOPPERS: Chips de tamaño microscópico dispuestos en forma de red que permiten el paso de cuerpos sin perder la conexión entre sus distintas partes. Se utilizan sobre todo en sistemas de alarma y seguridad.

"AMOR Y DESEO SON DOS COSAS DIFERENTES; QUE NO TODO LO QUE SE AMA SE DESEA, NI TODO LO QUE SE DESEA SE AMA".

## PRÓLOGO

Ash estaba sumergida en un sueño intranquilo. Las sábanas se enroscaban en sus piernas y le arañaban la piel incómoda tras tantas vueltas entre ellas.

Era vagamente consciente de estar en su cama, pero ensoñaciones de Sooz, persiguiéndola por los pasillos recónditos de la academia para informáticos de Noé, iban y venía. Era una forma desagradable de soñar. El limbo entre la vigilia y los sueños.

Logró despertar cuando el joven que estaba tendido a su lado se movió adormilado para agarrarla por la cintura y hundir la nariz en su espalda. Un temblor recorrió su cuerpo y se sorprendió a sí misma por lo mucho que reaccionaba físicamente ante Hadi.

Había conocido al muchacho, con el bello aspecto oscuro de un árabe, en el *backstreet* de Noé, hacía dos días. Hadi le había dado a Ash su primer beso real en una fiesta que terminó de forma abrupta con un accidente en la academia, en el que Tesk, entre otros alumnos, estuvieron a punto de perder la vida.

Ash los había salvado, pero no sin perder su falsa identidad en el proceso. Ahora todos en la academia sabían que ella era Lashira Khan. La informática que había inventado los secbra, los ordenadores que llevaban conectados directamente al cerebro.

A pesar de su repentina huida del *backstreet*, Hadi era amigo del infame Raoul Davini, y logró contactar con Ash a través de este. Desde aquella noche habían tenido un par de citas, si se podían llamar de esa forma.

En realidad, sabía que nunca podría enamorarse de él, pero tenía más que suficiente con que la hiciera reír y con que volviera loco a su cuerpo.

De acuerdo, su corazón no se aceleraba cada vez que lo veía entrar en la sala, como le ocurría con Gábor, pero... ¿qué sabía su corazón? Al fin y al cabo, la parte racional de Ash no había aprobado esos sentimientos desde el principio. Y no se había equivocado. Gábor era inmaduro, egocéntrico... y ella no quería un hombre así.

Por esta razón, su corazón iba a tener que callarse y aprender a escuchar a su cerebro antes de lanzarse al vacío por una cara bonita con humor inteligente.

Miró, por encima de su hombro, la pronunciada nariz árabe y las espesas pestañas negras. Hadi tampoco era ningún santo. Tenía tres años más que Ash, y mucha más malicia.

Ella sabía que, en algún lugar de la ciudad de Noé, había otra chica durmiendo con esa exótica nariz enterrada en su cuello. Pero le daba igual. No había nada sentimental en ello y, por lo tanto, no había riesgo. Aunque sus amigas la fueran a juzgar por perder su virginidad sin amor, ella se sentía relajada y satisfecha.

—¡Buenos días, Jengibre!

Ash volvió la cabeza hacia la escalera que llevaba a la planta baja de su habitación, sin poder creer que acabara de escuchar el mote que su hermana le había puesto cuando era pequeña.

—¡Por la Creación! —exclamó Kara, observando al muchacho abrazado a Ash con ojos como platos. Se detuvo en el último peldaño de la escalera y los contempló unos instantes boquiabierta.

Ash dio un salto y tiró de las sábanas para poder taparse el pecho desnudo. El vocerío y el movimiento brusco despertaron a Hadi, que pestañeando se irguió para apoyarse en un hombro.

Aquello debía de ser una pesadilla lúcida ocasionada por el estrés de las últimas semanas. Era la única explicación para que acabara de escuchar también la voz de su madre:

—¿Qué ocurre, Kara?

Kara miró hacia abajo por las escaleras, con la cara desencajada.

—Nada, mamá —con un brazo extendido delante de sí bajó varios escalones para impedir que la mujer continuara subiendo—. ¡No subáis!

Con un bufido incrédulo, Ash se tapó la cara con una mano.

—Mis padres —explicó ante la mirada dormida de Hadi.

El joven se levantó y comenzó a vestirse sin apresurarse demasiado. En momentos como esos notaba la diferencia de edad entre ellos.

Ash no le había explicado a Hadi que era virgen antes de él y no tenía ni idea de si él lo había notado o no. No solían discutir nada demasiado personal, pues

el joven era tan hermético como seductor; y ella no era la clase de persona que habla por los codos con cualquiera.

—¿Cómo que no suba? ¿Qué está pasando? —oyó decir a su madre mucho más cerca.

Apenas tuvo tiempo de ponerse una camiseta larga, antes de que la mujer asomara la cabeza y mirara hacia la cama.

—¡Oh! —se limitó a decir Mindi Khan.

De todas las cosas que su madre se había imaginado, encontrarla en la cama con un chico no era una de ellas. Esa era una de las razones por las que sus padres habían insistido en que dejara Pentace, la plataforma espacial donde se había criado entre militares y chips informáticos, y se matriculara en la academia. Querían que superara su timidez y aprendiera a relacionarse con gente de su edad.

Pues bien, ahora que no se sorprendieran tanto al encontrarla... «relacionándose».

Azoradas, sus familiares regresaron a la planta baja para darles un momento de intimidad y Ash se vistió a toda prisa con las mejillas aun ardiéndole. —Son las seis de la mañana —susurró Hadi, extrañado con la visita.

Ash le respondió con una mueca, para luego explicar:

—No vienen de Noé, vienen de Pentace.

Hadi se detuvo a medio calzarse, y la contempló ceñudo, quizá preguntándose quiénes eran sus padres para vivir en Pentace y si le iba a ocasionar problemas que lo hubieran encontrado en su cama.

Para una vez que hacía algo «típico de su edad» tenían que sorprenderla sus progenitores, quienes vivían en otra plataforma a años luz de la suya. ¿Es que todo en su vida tenía que ser embarazoso?

—No sabía que venían. Pero tranquilo, no estás en ningún lío —lo calmó lanzándole la camiseta para que terminara de vestirse—. ¿Te importa marcharte a Noé tan temprano?

El joven sacudió la cabeza, y pareció aliviado de que Ash no pretendiera que se quedara a pasar tiempo con su familia.

Cuando bajaron, los presentó brevemente y se apresuró por echarlo. Estaba tan avergonzada que los segundos le parecían minutos.

—¿Por qué no le has dicho a tu novio que se quedara? —protestó Mindi en cuanto Hadi desapareció por la desértica calle residencial de la academia.

—Mamá, no es mi novio... Solo es un bara —advirtió Ash.

Su padre le echó una mirada de reojo para enseguida volver a mirar las paredes de la habitación de Ash como si estuvieran cubiertas de interesantes objetos en lugar de la simpleza naturalista.

Bara era una palabra que Ash nunca hubiera usado meses atrás cuando vivía en Pentance. Se dio cuenta de lo cambiada que debían encontrarla.

—Espero que te hayas hecho la esterilización transitoria —dijo Jeckob sin mirarla—. Aún no quiero ser abuelo.

Sus mejillas se calentaron aún más.

—Claro que se la hizo, papá —protestó Kara—. No la dejaban entrar en Noé sin estar esterilizada.

—La dejaron cuando entró conmigo —murmuró él con cierto tono triste.

Jeckob Barrott, el padre de Ash, era uno de los bioquímicos más importantes de la nación; y había participado en la creación de los distintos ecosistemas de Noé. Una vez, durante la construcción, antes de que Noé se pareciera en nada a la Tierra, las había llevado a ambas con él.

—Éramos unas niñas, papá. Ni siquiera habíamos tenido la menarquía —se burló Kara—. Además, Noé no estaba habitada entonces. No era más que un esqueleto de hierro como Pentace.

Su padre agachó la cabeza y en su rostro se podía ver que prefería que hubieran permanecido de esa forma: sus niñas para siempre.

El falso sol estaba alzándose en la cúpula de Noé conforme hablaban y los rayos comenzaron a llegarles por encima de los tejados de la residencia estudiantil.

Mindi paseó su mirada curiosa por el salón de Ash. Parecía preguntarse a qué más se había estado dedicando su hija en esos meses fuera del control paterno. Pero aparte de unos cuantos cojines mal colocados, su pequeña morada estaba sorprendentemente ordenada. Su madre asintió orgullosa.

Ash ocultó una sonrisa, refrenándose para no decirle que no había superado su desorden, sino que había recogido un poco la tarde anterior para la visita de Hadi. Por eso le gustaba que los visitantes le avisaran con antelación.

—¿Por qué os habéis presentado por sorpresa?

Kara dio varios pasos hacia ella con una sonrisa que delataba lo mucho que la había echado de menos y le mesó los cabellos rojos como si aún fuera la pequeña a la que llamaba Jengibre.

—¿No viste las noticias anoche? —preguntó, pero luego pareció recordar algo—. No respondas..., ya hemos visto que estabas ocupada.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió demasiado alarmada como para sentirse avergonzada por el comentario.

—Alguien ha filtrado la información en la Tierra de que los progresistas han destruido Kaudalon con misiles nucleares —explicó Mindi.

Ash asintió contemplándola con atención.

—¿Quién?

—No se sabe..., quizá periodistas progres —intervino Kara—. El caso es que a los civiles progresistas no les ha gustado mucho la noticia. Piensan que es inaceptable destruir un planeta con agua que puede potabilizarse y poner en jaque tantas vidas, aunque sean naturalistas.

Ash se sorprendió. No había pensado que la población progresista fuera capaz de sentir piedad o conciencia alguna. Pero luego recordó que Driamma y su hermano habían sido de ese movimiento en algún momento de sus vidas. Se dio cuenta de que los progresistas no eran más que personas como ella. Algunos, los más jóvenes, lo serían porque sus padres lo eran, pero quizá no compartieran la ideología del todo. Puede que no quisieran hacerle daño a nadie.

—Los civiles no entienden que estamos en guerra y que su gobierno nos quiere muertos —dijo Jeckob, tomando asiento en el sofá de Ash—. Uno no entiende que está en guerra hasta que ve la muerte en persona y no a través de una pantalla.

—No les ha hecho falta para reaccionar —puntualizó Kara—. Li Zhao, el líder del partido opositor al presidente progresista ha pedido la destitución de Barros, y que se permita la vuelta pacífica de los naturalistas a la Tierra.

Ash exhaló una bocanada de aire y se sentó al otro extremo del sofá abrazando un cojín violeta contra su estómago. Si aquello era cierto, estaban todos salvados. No tendría que viajar a la Tierra ni poner su vida en las manos de un misterioso grupo de resistencia. No tendría que hackear el escudo protector que rodeaba al planeta y avisaba a los progresistas de cualquier entrada en atmósfera terrestre.

Por primera vez, desde que anunciaran la expedición a la Tierra y a ella como su líder, tomó una bocanada de aire sin notar un nudo en su pecho.

La familia de Ash se quedó en Noé durante dos días. Cada momento con ellos, cada simple instante de cotidianidad, como ver una película o cenar en familia, acrecentaba su sensación de seguridad y paz. Volvía a sentirse la niña protegida que había sido durante su infancia, y los ánimos estaban generalmente altos en Noé tras la buena noticia.

Su relajación ante la cancelación de la misión era tal que había vuelto a preocuparse por sus inseguridades habituales de adolescente; pues su mente era incapaz de no inquietarla con algo.

Aquella mañana, mientras desayunaba en el comedor de la academia con su familia, se dio cuenta de lo triste que se sentía ante la perspectiva de que se marcharan tras el desayuno de vuelta a Pentace. Se consoló pensando que quizá pronto pudieran volver a la Tierra todos juntos.

—¿Qué ha sido de tu novio? —inquirió Kara, mientras se preparaba una tostada. Sus padres aún estaban llenando sus bandejas en el bufet—. No parecía tímido, pero no ha vuelto a aparecer por aquí desde que llegamos.

Ash suspiró. Esos últimos días había pensado mucho en cómo se sentía respecto a Hadi y a Gábor.

—Eso es lo que ocurre cuando alguien «no» es tu novio. No tiene que verte todos los días y, especialmente, no tiene que pasar tiempo con tu familia — espetó Ash.

—Pero a ti te gustaba otro, un compañero de clase, ¿no? —insistió Kara, a pesar de la mueca de Ash—. ¿Por qué no estás con ese?

Ash bajó la vista a su bol de cereales y leche de almendras. Cómo explicarle a su hermana algo que ni ella entendía.

—No quiero estar con él, aunque me guste. Además, tiene novia.

Kara la observó con ojos entornados mientras masticaba su tostada.

—¿Sabes lo que creo? Creo que prefieres estar con un chico que no te importa demasiado a soportar la presión de estar con alguien que te gusta de verdad. Esto no es más que tus inseguridades tomando las decisiones por ti otra vez.

Ash cerró los ojos un instante mientras suspiraba. Su hermana siempre lograba ver la verdadera razón detrás de sus acciones, cuando nadie más podía. La conocía como nadie.

—Tienes razón, pero Gábor... Él... Él no me quiere de todas formas.

Kara arrugó el entrecejo y la observó con sus pupilas atravesando cráneos durante un instante más.

—Eso no me lo creo. Eres una chica muy especial, y no conozco a Gábor, pero estoy segura de que siente algo por ti. Quizá no sea lo que tú quieres que sienta, pero no es por cómo eres tú, sino por cómo sea él. Toni Morrison dijo: «El amor es tan bueno como el amante». Los chicos malos también aman, pero lo hacen a su manera egoísta e infantil... No saben hacerlo de otra forma. Si quieres que te quieran bien, necesitas un buen hombre.

Las palabras de su hermana hicieron algo en ella. Había pensado todo ese tiempo que había fracasado en conseguir que Gábor la quisiera de forma honesta; pero quizá su hermana tuviera razón, y no fuera ella. En algún lugar de Noé, Gábor tenía una novia a la que quería lo suficiente como para comprometerse; pero eso no lo había frenado de tontear con Ash y de mostrarse celoso con ella. No podía ser su culpa ni de esa otra chica. Ambas no habían fracasado en conseguir que las quisiera con el respeto que se merecían. Quizá fuera que Gábor era simplemente demasiado egoísta como para amar como es debido.

—Te he echado mucho de menos —le confesó a su hermana con una sonrisa cariñosa.

Kara le dio un sorbo a su té.

—Entonces llámame más —la regañó con la cabeza ladeada—. Cuando

tengas un momento entre el moreno, la rubia pija, Driamma y los demás amigos que has hecho.

Ash sonrió notando que Kara solo había mencionado el nombre de Driamma. Sus padres acababan de regresar a la mesa con sus desayunos.

—Excelente sugerencia, Kara —exclamó Mindi, mirando a Ash con enfado—. A ver si nos llamas más.

—Hablando de Driamma... —forzó Kara.

—Aún le gustan los hombres —acotó ella, zanjando el tema.

Su padre, que a menudo solía desconectar de las conversaciones triviales depositó su taza de té en la mesa y miró a Kara:

—Míralo por el lado bueno, hija... Con esto del fin del mundo ya van quedando menos hombres.

Las tres mujeres rieron ante el comentario de Jeckob, pero entonces la madre de Ash se puso repentinamente seria.

—¿Qué ocurre, Mindi? —preguntó Jeckob, observándola con el ceño fruncido.

Mindi cerró los ojos un instante sin responder. Tenía un microordenador activado en una esquina de la mesa, aunque en su hogar siempre habían prohibido utilizar computadoras en las comidas familiares.

—¿Mamá? —inquirió Ash al ver que su madre estaba pálida y seguía sin decir nada.

Durante toda la semana, su madre se había mostrado alegre y relajada; convencida de que su hija pequeña se había librado de una misión arriesgada y que todos ellos pronto podrían regresar a la Tierra. El entusiasmo de su familia había sido contagioso, y había contribuido a la recuperación de sus nervios.

En lugar de responder, Mindi dejó que Kara girara la imagen holográfica del microordenador.

—Es un mensaje de Gato —anunció Kara, y entonces su rostro también pareció cerrarse. Sus ojos se alzaron para mirar a Ash, y lo que vio en ellos le heló la sangre.

—Dilo...

Kara tomó una bocanada profunda de aire antes de proseguir.

—El Congreso ha rechazado la moción de Li Zhao al referéndum para dejarnos volver a la Tierra.

Ash no respondió nada. Se quedó muy quieta primero, con el rostro impasible, a pesar de que sus familiares la estaban mirando.

Dejó la manzana que había estado mordisqueando sobre la mesa y notó un vuelco en su estómago acompañado por una presión repentina. Se levantó rauda y corrió hacia el baño más próximo.

Sus días de estómago vacío habían vuelto.

## 1

Si existía un momento crítico en la vida de una adolescente, para Ash fue mirar la fecha de caducidad marcada en el envase de su yogur de coco. Los dígitos se modificaban automáticamente dependiendo del estado del producto y aseguraban que era apto para consumo hasta finales de semana. Aquel estúpido yogur tenía una esperanza de vida más larga que la suya.

Meses atrás, al trasladarse desde Pentace, había creído que llegar a la academia para portentos informáticos de Noé y gustarle a la gente de su edad, era lo más dramático que le había ocurrido.

¡Qué ingenua había sido!

Se daba cuenta ahora de que estaba a punto de viajar a la Tierra con la misión de salvar la vida de todas las personas de Noé y sus plataformas auxiliares.

La Tierra estaba ocupada por el bando enemigo, los progresistas, que resultaron victoriosos de la Guerra Ambiental. Mientras que los naturalistas habían tenido que exiliarse al espacio.

Pero ahora que los progresistas habían localizado y destruido Kaudalon, el planeta de agua que hacía posible la vida en Noé; a Noé le quedaba menos de un mes de vida.

En menos de 48 horas, Ash entraría en territorio enemigo para hackear su sistema de defensa, con la ayuda de unos supuestos aliados naturalistas.

¿Pero qué sabían de ese grupo de resistencia?

La única comunicación con ellos había sido un breve mensaje pidiendo ayuda. Un mensaje que bien podía ser una trampa progresista para que salieran de su escondite espacial y poder terminar con ellos.

Era una misión suicida, y estaba segura de que los demás también lo pensaban, pero continuaban con el plan por pura desesperación.

A pesar de la funesta situación en la que se encontraba, lo que más le preocupaba en esos momentos era que le habían ordenado que seleccionara a uno de sus compañeros de clase para acompañarla en su incierto destino y quizá morir con ella.

Morir un mes antes que el resto de habitantes de Noé.

En realidad, tampoco veía gran diferencia. Cuatro semanas no significaban nada en toda una vida y, aun así, se sentía incapaz de elegir a alguien.

Sooz actuaba como si Ash ya la hubiera elegido, a pesar de que ella nunca había pronunciado las palabras en alto. Hablaba de ello con naturalidad, sin dudarle por un segundo.

Pero Ash no quería ver a su amiga morir de forma violenta, torturada por el



enemigo, o incluso peor, de hambre y desesperación, perdidas en algún lugar recóndito de la Tierra.

Con los meses había aprendido a querer a la joven y le deseaba una muerte digna y apacible, con las píldoras para el suicidio colectivo, que el gobierno repartiría cuando toda esperanza se apagara.

Por esa razón, llevaba días evitándola, al igual que a Lozis, el director de la academia. Intentando retrasar lo inevitable.

Pero no podría esconderse por mucho tiempo. Tarde o temprano tendría que enfrentarse a las reacciones que desencadenaría la decisión que había tomado. Tendría que explicarle a Sooz que no iba a permitir que ni ella ni nadie la acompañara a su funesto destino.

Conociéndola, sabía que aquella decisión supondría perderla como amiga; pero prefería eso a presenciar cómo el enemigo la torturaba para descubrir las coordenadas de Noé.

El día anterior, había pasado trece horas en su habitación con Gato, el mejor espía de Noé. La reunión con él había levantado mucha expectación, e incluso envidia, entre sus compañeros; cuando ella lo único que deseaba era meterse en su cama con un buen libro y una taza humeante de té.

Pero Ash ya no tenía tiempo para ser introvertida, ni Gato lo tenía para aleccionarla en soportar la tortura o escapar de su enemigo.

En lugar de eso, durante su clase de Introducción al Espionaje para Dummies, Gato la ató en diferentes posiciones hasta que Ash había aprendido a desprender la píldora de placebo que llevaba en la cavidad de una muela para tragársela.

Al final de la lección lo había logrado incluso colgada bocabajo y se había sentido estúpidamente orgullosa, teniendo en cuenta que solo estaba aprendiendo a terminar con su propia vida.

Gato tenía diez años menos que sus padres. Era muy rubio, casi albino; y bajito si lo comparaba con los actores que solían hacer de espías en las películas como James Bond. Pero tenía una forma grácil de moverse... A Ash le recordaba a una pantera.

Él le había contado historias de torturas espeluznantes de sus años de servicio durante la Guerra Ambiental. Se mostró amistoso y parlanchín. Pero Ash estaba segura de que le contaba esas historias para que, de caer en manos del enemigo, no se lo pensara dos veces antes de tragarse esa píldora.

—Llevo horas buscándote —la voz de la persona a la que había estado evitando le llegó a su espalda—. ¿Podrías dejar de bloquear tu ubicación? Me es imposible rastrearte cuando lo haces.

—Sooz, esa es exactamente la razón por la que bloqueo mi ubicación —respondió Ash, con tono cansado.

La había encontrado en el laboratorio de la academia. La falsa luz del sol de la tarde irradiaba a través de las cristaleras. A esas horas aquella ala de la escuela estaba desierta.

—Guárdate tu sarcasmo conmigo, señorita —espetó Sooz, a pesar de que no había nada de sarcástico en ello—. Te están buscando para que anuncies a tu compañero de expedición. Cuanto lo hagas antes empezarán a prepararme. Se nos acaba el tiempo, ¿sabes?

Ash giró en el asiento de su taburete para enfrentarse a la joven. Su expresión era mortalmente seria y portaba toda la determinación de la que su carácter inseguro era capaz.

—Sooz —comenzó, pero la joven la interrumpió.

—¿Qué estabas haciendo? ¿No tienes otra sesión con Gato?

Ash depositó el yogur vacío sobre la mesa llena de piezas sueltas y a medio montar del laboratorio. Le gustaba esconderse allí a solas para estudiar. Era el único momento en el que conseguía bloquear las preocupaciones de su mente.

—Estoy estudiando lo último en escudos protectores. ¿Sabías que han empezado a usar chips Kivri para programarlos en lugar de los Toppers de toda la vida?

Sooz arrugó el entrecejo y se inclinó para echar un vistazo sobre la imagen holográfica del microordenador que Ash había dejado sobre la abarrotada mesa.

—¿Pero el Kivri no da problemas a la hora de detectar objetos?

—Al parecer no, si está en contacto con nitrógeno. El nitrógeno vuelve muy sensible las piezas que codifican el Kivri —le explicó, mientras cogía una de esas piezas de la mesa y se la enseñaba.

—¿Crees que el escudo protector de la Tierra estará hecho de Kivris?

Ash suspiró, dejando la pieza al lado de otras tres posibilidades.

—Mi padre dice que la atmósfera está hecha de un 78% de nitrógeno. Tendría sentido que utilizaran el Kivri.

Sooz se sentó en la banqueta frente a Ash y pasó sus dedos por varias de las piezas.

—Sabes cómo neutralizarlo entonces.

No fue una pregunta sino una afirmación. Ash soltó una risa nasal que salió más como un resoplido.

—No tengo ni idea de cómo neutralizarlo, Sooz. ¡No sé nada de bioquímica! —se levantó de sopetón y su banqueta cayó estruendosamente al suelo. Al levantarla reparó en el azulado cielo a través de los enormes ventanales del laboratorio.

Su padre había construido aquel cielo molécula a molécula para asemejarlo a la atmósfera terrestre. Si pudiera trabajar conjuntamente con él y con alguien

experto en seguridad, como su madre, o cualquiera de los miembros de sus quipos en Pentace, sería distinto. Sería mucho más sencillo descubrir cómo funcionaba el escudo progresista y manipularlo.

Así había creado el secbra de la mano de los mejores especialistas en neurología y biología. Pero todos parecían olvidar eso y creer que ella sola podría sustituir a un grupo de científicos. Que era una experta en todos los ámbitos de la ciencia.

Se volvió a sentar en la banqueta ante la atenta mirada de Sooz.

—Esto es ridículo —declaró antes de enterrar el rostro en la palma de las manos.

—¿Qué lo es?

Hizo un aspaviento para señalar a su alrededor.

—Esto lo es. ¡La misión! No puedo hacerlo sola. Yo entiendo de piezas y cómo se programan..., pero quieren que yo sola piense como un astronauta, como un biólogo y como un espía...

Sus manos temblaban mientras hablaba y Sooz lo notó. Se las cubrió con las suyas y le dio un apretón.

—Tu padre es bioquímico, nos lo llevaremos con nosotras.

Ash rio indignada y le apartó la mano.

Las naves interespaciales eran demasiado grandes para entrar en la Tierra, pues aún con el escudo apagado por la macrocelebración progresista, alguien podría vislumbrarla en el cielo y dar la voz de alarma.

No, viajarían con una nave personal como las que les enseñaban a pilotar en la academia. Esas tenían capacidad para tres personas como mucho.

Al parecer, una de las plazas sería para el mejor piloto naturalista; y así garantizar que entraban y salían de la zona del escudo a tiempo sin ser detectados. La otra para Ash; y la tercera para ese alumno de la academia que ella escogiera.

—No voy a llevarme a mi padre conmigo, Sooz —declaró al fin, mirándola con seriedad—. No voy a llevarte conmigo.

El rostro de su amiga se congeló en una mueca de incredulidad.

—¿De qué estás hablando? —inquirió, con voz chillona. Su expresión mostraba que esa posibilidad ni siquiera se le había pasado por la cabeza—. Sabes que soy tu mejor opción. Puede que Gábor me supere en ciertos aspectos informáticos, pero el castigo por organizar el juego de escape le excluye de tu lista de posibilidades. Sabes que tienes que elegirme a mí. ¡No puedo creer que te plantees no hacerlo!

Como había esperado, la muchacha se había ido crispando a medida que hablaba. Su voz alzada y sus aspavientos eran síntomas de su indignación.

—Esto es increíble. ¿A quién piensas llevarte en mi lugar?

—No lo entiendes —la tranquilizó antes de perder el control de la disputa por completo—. No voy a elegir a nadie en tu lugar. No voy a llevarme a ningún estudiante de la academia conmigo. Esta misión es demasiado peligrosa como para arriesgar más vidas.

Sooz empezó a sacudir la cabeza con vehemencia.

Ash alzó la voz adivinando que intentaría convencerla de lo contrario. Esta vez lo que tenía que decir era demasiado importante como para dejarse enmudecer por nadie. Esta vez la tímida dentro de sí iba a tener que gritar.

—Me voy sola.

—Esa no es tu decisión —la interrumpió Sooz. Era demasiado tarde, se estaban chillando.

—No te das cuenta de que no voy a volver —gritó, dando por fin forma sintáctica al fantasma con túnica negra y manos esqueléticas, que llevaba dos días besándole la nuca.

Sooz se detuvo ante la brutalidad de su comentario. Arrugó sus ojos un tanto acobardada por los fantasmas de Ash, pero en seguida su confianza natural regresó a su rostro.

—No me importa morir allí —le aseguró, con una determinación envidiable—. Tú no decides quién arriesga su vida y quién no.

Eso era cierto. Si tuviera cartas en el asunto tampoco se habría elegido a sí misma. Pero había nacido con lo que muchos denominaban un don, y todo don conlleva una responsabilidad con el mismo peso. Y el suyo era casi insoportable.

—Tú no decides quién tiene la oportunidad de ser una heroína y quién no —continuó Sooz, con ese tono autoritario y seguro que tanto envidiaba en ella—. Esto no es un juego, Ash. Cuando estés ahí abajo vas a necesitarme y no voy a permitir que me dejes atrás solo para que mi vida continúe siendo una nube de algodón rosa. Sé que crees que es tu responsabilidad arriesgarte por todos nosotros, porque has nacido para ello, y es cierto. Eres tan inteligente que puedes llegar a salvarnos a todos, pero yo también tengo mis dones. He sentido desde pequeña que he nacido para algo más. Soy osada, persistente y decidida. Soy todas las cosas que te faltan. ¿Crees que es una casualidad que nos conociéramos? ¿Que castigaran a Gábor? Nada es casual. Estoy tan destinada a esta misión como tú. Porque yo te complemento, Ash. Sabes que cuando estés ahí abajo vas a necesitarme a tu lado para hacer todo aquello a lo que tú no te atrevas. Para empujarte cuando te haga falta.

No pudo evitarlo, las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas. Era un llanto de alivio ante la sola fantasía de pasar por todo aquello con Sooz a su lado. El panorama le parecía considerablemente menos desolador si contaba con el brazo de su amiga para apoyarse.

—¿Crees que quiero hacer esto sin compañía? Me aterroriza la sola idea y no entiendo cómo tú no estás tan asustada como yo —confesó, atragantándose con sus propias lágrimas.

Sooz se aproximó a ella y la sostuvo por los hombros. Su semblante se había animado considerablemente, a pesar de que ella también estaba llorando.

—No tengo miedo —le prometió, mientras sacudía ligeramente la cabeza—. Por eso tienes que llevarme contigo. No tienes por qué pasar por esto sola. Juntas somos mucho más fuertes. Juntas tenemos una oportunidad de sobrevivir a todo esto.

## 2

A pesar de que la puerta del despacho de Tesk estaba entreabierta, Driamma golpeó sus nudillos contra la superficie y esperó a que le concediera permiso antes de asomarse por el resquicio.

Como de costumbre, los ojos del profesor adquirieron esa calidez con la que siempre la contemplaban. Ese vacío en su interior por la pérdida de su familia, que se alimentaba de sus entrañas como un agujero negro, parecía detenerse cuando estaba con él. Según sus amigas y los chismorreos de media clase, ese sentimiento se debía a una conexión romántica entre ellos, y quizá fuera cierto. Quizá se negaba a admitirlo porque estaba cegada por los prejuicios sobre su diferencia de edad.

Estaba tan confusa ante sus propios sentimientos, y los de él, que solo se le ocurría una manera de alejar la duda.

Por eso estaba allí.

La habitación estaba bastante más iluminada que el pasillo, por el sol de la tarde. Para lo que había venido a hacer, Driamma hubiera preferido que las ventanas estuvieran bloqueadas al exterior. Lo último que quería era testigos de su experimento.

—Ya lo sabías —dijo él, saltándose el saludo, como si llevara días deseando preguntarle al respecto. Tenía ojeras oscuras, pero eran de lo más habitual en la academia esos últimos días—. Sabías lo de Kaudalon antes de que lo anunciaran. Estoy seguro de que lo sabías porque te estaba obser... Porque noté tu entereza ante la noticia.

Mientras Tesk hablaba, Driamma se acercó despacio a su mesa, pero dejó que esta se interpusiera entre ellos por el momento. Tenía el estómago revuelto, quizá por los nervios.

—¿Cómo podías saberlo? —continuó él.

Si no fuera imposible, diría que la estaba acusando de algo. La miraba de un modo distinto.

—Sooz y yo escuchamos a Lozis cuando os lo contó a ti y a Orla, aquel día en su despacho —le explicó.

Sus hombros cayeron relajados, como si su respuesta lo hubiera aliviado de muchas formas.

—Tenía que haber imaginado que se trataba de Sooz. A esa muchacha no se le escapa nada.

Una idea cruzó la mente de Driamma.

—¿Es qué sospechabas que yo era la espía que entregó las coordenadas de Kaudalon? —se burló, apoyando el trasero sobre su mesa.

Su sonrisa se borró al ver la seriedad de él ante su pregunta. Sus ojos brillaron con cierta culpabilidad.

—No me lo puedo creer —continuó Driamma con una exhalación indignada—. Lo has pensado...

Tesk pestañeó varias veces y se frotó enérgicamente la ceja derecha con los dedos.

—Pues claro que no —le aseguró—. Es que estoy cansado, y bueno, tu madre era progresista. Eres la única persona de Noé con un pasado progresista.

Driamma torció el gesto en una mueca.

—Eso me convierte automáticamente en una traidora —dedujo, con una sonrisa helada en los labios.

Tesk suspiró, mirándola a los ojos.

—Lo siento —dijo con sinceridad, mientras depositaba una mano sobre la de ella—. El estrés me está volviendo paranoico.

Driamma esbozó media sonrisa.

El atractivo rostro de Tesk estaba a escasos centímetros de ella y la palma de su mano continuaba ahuecada sobre los dedos que tenía apoyados en la mesa. Aquel era el momento idóneo para poner su plan en marcha, pues apenas tenía que inclinarse para unir sus labios. Pero aún no se sentía preparada.

—En realidad me gusta la idea —bromeó, intentando retrasar el experimento—. En lugar de ser una huérfana ignorante de la informática, sería una brillante espía infiltrada en el enemigo, a las órdenes de la primera dama. Me gusta más esa identidad. Podría comunicarme con mi madre por sueños y...

—¿Qué has dicho? —la interrumpió él, con el rostro desencajado. Toda la sangre parecía haberse esfumado de su cara.

Driamma arrugó el entrecejo.

—Anoche tuve un sueño con mi madre —le informó, un tanto azorada por la forma en que la estaba contemplando. Sus ojos negros parecían querer atravesar su cráneo—. Fue un sueño de lo más extraño. Era casi tan real como tú y yo en esta habitación ahora mismo. Incluso la sala era peculiar. Por eso lo

decía... ¿Te encuentras bien, Tesk?

Mientras ella hablaba, el profesor se había dejado caer sobre su silla. Sus ojos parecían haber perdido contacto con el momento presente. Sus manos asían los reposabrazos de su silla dejando los nudillos blancos por la fuerza.

—¿Tesk? —le gritó en vista de que no atendía.

Esta vez pareció funcionar, pues él se levantó de nuevo ubicándose frente a ella. Le dedicó una sonrisa que debía haber sido tranquilizadora, pero que le pareció forzada.

—¿Qué más ocurrió en ese sueño? ¿qué te dijo? —le preguntó con normalidad, volviendo a ser él mismo.

—Fue el sueño más real que recuerdo. En él me moría de sed, literalmente. Sentí lo que es estar al borde de la muerte por deshidratación —le explicó, recordando la acuciante sensación de tener los ojos a punto de explotar, la garganta como limas pegadas entre sí impidiendo el paso del aire y el agotamiento extremo. Apenas pudo levantar su tronco de la cama en la que estaba tumbada—. Entonces observé a mi madre, a través de mi visión borrosa. Ella se agachó a mi lado y me susurró al oído que ya era hora de volver a la Tierra, si no quería morir de sed.

—¿Te dijo algo más? —se interesó él, como solía hacer con todo lo relacionado con ella. Siempre la escuchaba pacientemente, aunque hiciera otra cosa a la vez como en ese mismo instante en que rebuscaba algo en su cajón sin mirarla.

Driamma suspiró antes de responder.

—Sí, mi subconsciente disfrazado de mi madre me ha dicho justo aquello que quiero escuchar.

Tesk se detuvo y le prestó toda su atención, quizá preguntándose de qué se trataba.

—Que Bronte está vivo —confesó ella al fin, procurando controlar el tono de su voz al decirlo. Notaba lágrimas nacer en algún punto entre su nariz y su garganta.

El profesor la contempló con un brillo en los ojos. Era la persona más empática que había conocido. Era el único que parecía compartir su dolor con la misma intensidad que ella. Cuando Driamma le hablaba de Bronte, veía verdadera tristeza en sus ojos.

Sin previo aviso, Tesk rodeó la mesa y la abrazó.

—Solo fue un sueño, fabricado por tus miedos —le susurró, y se separó un poco para darle un beso en la frente—. No debes preocuparte por ello.

Allí, perdida entre sus brazos, se permitió a sí misma un instante de debilidad. De volver a ser la niña desamparada que necesita un abrazo cargado de afecto.

Elevó el mentón decidida a conservar aquella sensación de amparo ahora que la había encontrado de nuevo, y estiró el cuello para acercar sus labios a los de él.

Sin embargo, estos nunca llegaron a encontrarse.

Tesk, al notar lo que planeaba hacer, se separó de ella de forma tan brusca que tropezó con una silla, cuyas ruedas cedieron hacia atrás, y acabó por caerse de espaldas, golpeándose el hombro contra el asiento.

Driamma observó la escena paralizada, hasta que le escuchó aullar de dolor. Se agachó junto a él.

—¿Tesk? ¿Te has hecho daño? —exclamó, ansiosa. Demasiado preocupada como para sentirse avergonzada por el monumental rechazo.

—Creo que me he torcido la mano —jadeó él, con el rostro contraído. Sin aceptar su ayuda, utilizó la otra mano para levantarse del suelo.

Una vez de pie y tras corroborar que la mano le dolía demasiado como para tratarse de un simple golpe, le dedicó una mirada huidiza y la informó de que necesitaba ir a la enfermería.

Ella no se dejó amilanar por la repentina distancia que él intentaba poner entre los dos, e insistió en acompañarlo.

Por el camino no se dirigieron la palabra.

Por suerte no había nadie más en la enfermería y lo atendieron de inmediato. Driamma lo acompañó hasta la camilla mientras Doye Sesay, el médico de guardia, buscaba el historial de Tesk en la imagen holográfica proyectada por su microordenador.

—Estoy en buenas manos ahora —le aseguró el profesor, tumbado en la superficie de la camilla. Gotas de sudor perlaban su frente—. Puedes marcharte.

Driamma ignoró la sugerencia.

—¿El peso de tu cuerpo ha caído sobre la mano? Tienes un esguince —informó el médico, analizando los músculos de Tesk proyectados por encima de la camilla en una brillante luz azulada.

Tesk asintió con resignación.

Sesay le puso el aparato de regeneración muscular sobre la mano. Apenas emitió un débil gemido de queja. Le recordó a Bronte cuando se hacía daño, pero no quería reconocerlo.

Tras unos instantes del zumbido sordo del aparato, el rostro de Tesk fue la viva imagen del alivio.

—Driamma, ya puedes marcharte —repitió, mirándola de refilón.

Ahora que el peligro había pasado, y que veía lo deseoso que estaba de deshacerse de ella, la vergüenza por lo que había ocurrido comenzó a hacerse patente.



—Preferiría quedarme para acompañarte a tu habitación —dijo, esperando que entendiera que era la preocupación por su bienestar lo que la movía.

Él le sonrió con agradecimiento.

—No será necesario —le aseguró—, tengo que reunirme con Lozis ahora.

Suspiró, dándose por vencida. Estaba claro que él no deseaba quedarse a solas con ella, para evitar que volviera a asediarlo. Tendría que explicarle que solo quería comprobar sus sentimientos y que, ya que él los tenía tan claros, no volvería a intentar besarlos nunca más. Pero no quería tratar un tema tan incómodo delante del médico, y mucho menos de Lozis.

—De acuerdo —concedió, dedicándole una última mirada preocupada antes de marcharse—. Cuídate esa mano, ¿vale?

—Te lo prometo —dijo, mientras le guiñaba un ojo.

Cuando Tesk al fin salió de la enfermería, Lozis lo esperaba pacientemente, sentado en un banco. Al menos con toda la paciencia que un hombre tan ocupado puede conjurar en tal momento de crisis.

Se acercó despacio a Lozis, preocupado con hacer un movimiento brusco que pudiera molestar sus articulaciones.

—¿Estás bien? —le preguntó el director, observándolo con atención.

—Sí. Me tropecé y caí sobre mi mano, pero ya me han arreglado.

—¿Era de eso de lo que querías hablar conmigo? —continuó el director.

—Me temo que se trata de otra cosa —le dijo con total seriedad—. Semyon, no te vas a creer esto, pero la primera dama progresista, Erina Sandoval, se ha comunicado con nosotros.

—¿Qué? —exclamó el hombre, con los ojos muy abiertos. Se puso de pie de un salto—. ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Esa es la cuestión, no entiendo cómo logra hacerlo. No entiendo qué clase de tecnología han desarrollado para lograr... —Tesk se detuvo de golpe. Si terminaba esa frase Lozis pensaría que se había vuelto loco. Escogió sus siguientes palabras con más cautela—. Driamma acaba de contarme que anoche tuvo un sueño con Erina Sandoval, y sé que no era solo un simple sueño.

Lozis lo observó con el entrecejo fruncido, y acabó por sacudir la cabeza.

—¿Un sueño?

Tesk suspiró, y las comisuras de su boca se crisparon.

—El caso es que estoy seguro de que Erina se está comunicando con Driamma.

—¿Por qué iba Sandoval a comunicarse con Driamma San...? —Lozis se detuvo a mitad de frase, al darse cuenta de algo—. Dime que esa chica no es la hija de Erina Sandoval.

Tesk lo miró en silencio, y esa respuesta fue suficiente para el hombre.

—¡Por la Creación! —exclamó el director. Se balanceó sobre sus pies de un lado a otro mientras mascullaba algo que sonó como una palabra rusa de dudosa reputación—. ¿Por qué has traído a la hija de la primera dama progresista a Noé? ¿A mi academia?

La última pregunta había sido chillada en su cara. Tesk decidió no dar explicaciones al respecto, y se limitó a sentarse en el banco, demasiado cansado como para seguir la conversación de pie.

Lozis, pareciendo recuperar la compostura se sentó a su lado.

—¿Cómo sabes que esa chica no estaba solo soñando con su madre? Es natural que algo así ocurra —continuó el director en un tono de voz aceptable.

—Porque yo he tenido prácticamente el mismo sueño que ella.

Lozis arrugó los ojos cada vez más confuso.

—¿Por qué iba Sandoval a comunicarse contigo? Ni siquiera sabe quién eres.

—En realidad —dijo Tesk, mirándolo directo a los ojos—. Conozco a Erina Sandoval muy bien.

### 3

Ash cerró los ojos por un instante. Parecía tener arenilla bajo los párpados.

Hacía ya dos horas que Sooz se había marchado con la promesa de que Ash la anunciaría como la elegida.

El jardín a través del ventanal del laboratorio estaba desierto, pues a esa hora todos los estudiantes estarían en sus camas. Más tarde, tendría que dar explicaciones al centro de astronautas sobre la razón por la que no había descansado las ocho horas obligatorias.

El Gobierno llevaba tiempo planeando controlar las horas de sueño de la población, como medida preventiva de muchas enfermedades y problemas de comportamiento. Pero no lograría hacerlo hasta que todos los habitantes llevaran un sebra instalado en su cerebro. De momento, tenían que conformarse con otros métodos para controlar las horas de sueño de ciertos gremios, como los médicos, los pilotos y, por supuesto, los astronautas. Todas aquellas profesiones en las que un mínimo error significara la pérdida de vidas.

Ash, que se había criado entre astronautas, nunca pensó que llegaría a entrenarse como uno. Sin embargo, desde que la destinaran a la Tierra, tanto ella como sus compañeros se habían visto forzados a iniciar un entrenamiento básico para astronautas y vivir con el mismo protocolo que estos. Lo que se traducía en un estilo de vida disciplinado, con una dieta y unos horarios muy estrictos.

No les había resultado difícil adaptarse al protocolo, acostumbrados como

estaban al estilo de vida rutinario de Noé. La única queja que había escuchado entre sus compañeros había sido la de tener que irse a la cama temprano. Sobre todo, entre los que sabían que Ash nunca los elegiría, y se estaban preparando para nada.

Por otro lado, valdría la pena la regañina si conseguía entender cómo funcionaban los distintos tipos de escudos protectores. De hecho, estaba segura de que dormiría mejor en cuanto lograra ponerse al día.

—¿Saltándote las normas? —la sorprendió la voz de Gábor en el silencio del laboratorio.

Era la primera vez que le dirigía la palabra desde que se descubriera que ella era Lashira Khan, su misterioso ídolo informático.

—Veo que no soy la única —respondió con la mirada fija en la imagen holográfica, intentando mostrarse serena. En realidad, su corazón parecía estar en medio de un concierto de *heavy metal*, dando saltos como loco.

De reojo, notó cómo Gábor se acercaba a su mesa con la languidez enmascarada de un guepardo.

—Todos sabemos que yo no voy a ninguna parte, por culpa de ese estúpido castigo —espetó el joven, intentando sonar divertido. Pero a Ash no se le escapó el tono envenenado con el que masticó las palabras.

Viajar a la Tierra junto a Lashira Khan era el mayor de sus sueños, incluso cuando ella no hubiera resultado ser lo que él había imaginado durante años.

Gábor se dejó caer sobre el taburete que estaba junto al de Ash.

—Lo siento —dijo, contemplando el perfil de su rostro, mientras que ella se mantenía concienzudamente concentrada en la imagen desplegada del ordenador—. De no ser por el castigo lo hubieras tenido muy fácil, pero ahora te ves inmersa en la imposible tarea de sustituirme.

Como respuesta, Ash se limitó a poner los ojos en blanco. No había echado de menos su arrogancia.

—¿Querías algo? —inquirió, sin importarle que sonara descortés. En realidad, estaba enfadada con él. Habían pasado de charlar hasta las tantas en sus balcones y de intercambiar bromas por los pasillos, a ignorarse como completos extraños. ¿Cómo podía ser tan frío? Dejando aparte sus sentimientos por él, había creído por un momento que eran amigos.

—Necesito un crac para Crossfire Zone —confesó él, al fin.

Ash arrugó el entrecejo de forma casi imperceptible.

Nunca pensó que Gábor traicionaría su propio voto de silencio por un estúpido juego. En su determinación de no hablar con ella había visto sentimientos de algún tipo. Pero al parecer se había equivocado y su indiferencia era total.

Gábor era la clase de persona que podía cambiar su actitud hacia los demás

dependiendo de sus intereses, como el que se cambia de máscara. Mientras que ella era puro sentimiento al desnudo, y él se aprovechaba de eso. Eran la astucia y la genuinidad en sus extremos opuestos.

Esa no era la clase de hombre que quería a su lado. Quería un hombre pasional y sincero, al que pudiera leer a corazón abierto, y del que pudiera fiarse a ciegas. Alguien que, al contrario que Gábor, no supiera cómo ocultar sus sentimientos y controlarlos con una frialdad que la congelaba.

—¿Qué te hace pensar que tengo cracs para Crossfire?

—El hecho de que tú lo inventaras —respondió él, con cierta mofa. Apoyó el codo sobre la mesa para continuar mirándola.

Ash soltó un bufido.

—Yo no he inventado Crossfire Zone —estalló—. Me gustaría que la gente dejara de rumorear sobre que lo he inventado todo.

—Pero... lo del fuego y la rueda sí que fuiste tú, ¿no? —bromeó él, ganándose un manotazo por su parte. Lo que no esperaba es que fuera a agarrarle la muñeca en el proceso, tirando de ella hasta tenerlo de frente.

Ahora ya no podría evitar que sus mejillas se tiñeran del color de su corazón, y todo por culpa de sus ojos. Los ojos del imbécil tenían algo tan profundo y bello como el océano, que, a pesar de saberlo mortalmente peligroso, aún deseaba sumergirse en él.

Cuando el contacto entre sus pupilas se hizo demasiado incómodo, Gábor volvió a hablar.

—Sé que conoces al creador —le aseguró, con más seriedad tras su intercambio no verbal. Su mano continuaba quemando la piel de su muñeca, y podía sentir el calor emanando de su cuerpo.

—Le ayudé con la plataforma —confesó ella, por desgracia con la voz afectada—. Pero no tuve nada que ver con la creación del juego.

Gábor sonrió, pareciendo prestarle más atención a las delatadoras constantes vitales de Ash, que a lo que estaba diciendo.

—Aún funciono —se vanaglorió.

No podía creer que acabara de decir eso en alto. ¿Cómo podía echarle algo así en cara? Estaba más indignada por momentos. La ira era su mejor amiga, pues sabía cómo amordazar al miedo.

—Puede que mi cuerpo tenga su propia opinión sobre ti —le espetó con rabia, sorprendida de no haber fallecido de vergüenza en el proceso—. Pero, créeme, la que da las órdenes aquí soy yo, y mi cerebro no está interesado en absoluto.

Con la fuerza añadida por su enfado consiguió recuperar su muñeca y volver a la pantalla del microordenador.

—Puedo pedirle el crac al creador si así consigo que me dejes en paz —

continuó, a sabiendas de que parecía una niña enfurruñada—. Aunque no entiendo qué interés tiene la gente en los juegos de guerra.

—Pues deberías —dijo él—. Estás a punto de empezar uno muy real.

Ash se estremeció ante esa idea, y Gábor abandonó el tono serio.

—Me sentiría culpable si te permitiera embarcarte en una misión tan peligrosa, sin haberme probado —continuó, indicando sus labios con un dedo.

A pesar de lo descarado del comentario, y de no ser porque Gábor no conocía la vergüenza, hubiera jurado que estaba un tanto nervioso. No la versión de nerviosismo tímido y socialmente inadaptado de Ash, sino que su calma habitual y esos aires de estar en control total de la situación, lo habían abandonado.

Lo malo de que un Don Juan, con la seguridad de un modelo en un anuncio de perfumes, se pusiera nervioso por su persona, era que afectaba su cuerpo como un elixir afrodisíaco de autoestima.

Se dijo que lo estaba imaginando y que no debía tomarse en serio su sugerencia. Era otra de sus bromas para ponerla nerviosa y vanagloriarse de su efecto sobre ella.

O al menos eso había creído hasta que Gábor se levantó, agarrándola por la cintura y la sentó sobre la mesa colocándose entre sus piernas y dejando que ambas manos cayeran sobre sus caderas.

En su cursillo intensivo con Hadi, Ash había aprendido que la piel de sus caderas se volvía loca cada vez que una mano masculina se aventuraba a ellas. Era increíble lo rápido que reaccionaba su cuerpo ahora. Y la seguridad de todas las cosas que había aprendido del experto muchacho, había acallado sus aprensiones y despertado otros impulsos en ella. Puede que aún le diera vergüenza hablar con un chico guapo, pero, ciertamente, ya no le daba miedo todo lo demás.

Él tenía los labios separados y sus ojos centelleaban de forma inequívoca. Ahora sabía leer las señales del deseo.

Se imaginó inclinándose hacia delante y besando a Gábor. Al mítico e inalcanzable chico, y las vocecillas que le recordaban todas sus razones para no hacerlo se fueron a dormir.

No obstante, un aviso saltó en su pantalla mental. Al principio, con la turbación del torbellino dentro de sí, pensó que era su conciencia con el nombre Sooz, en un último intento para detener aquel error. Pero se trataba de un mensaje real de su amiga. No se hubiera detenido a leerlo de no ser porque le pareció ver el nombre de Gábor en la primera línea.

Sus ojos se endurecieron para concentrarse de lleno en el mensaje.

—¡Au! —se quejó Gábor, llevándose una mano al pecho—. Esta es la primera vez que una ara interrumpe mis atenciones para chatear con otra persona.

Ash no le contestó a su acertada deducción, sino que continuó leyendo el

mensaje de Sooz.

«Mi padre le ha prometido a Gábor que, si tú le eliges, hará que le levanten el castigo. Prepárate, Ash, porque intentará convencerte como sea. Le conozco y sé que esa expedición es lo más importante para él».

Aquel dolor debía de ser lo más parecido a que te claven un puñal en las entrañas. Apenas lograba respirar, pero por razones muy distintas a lo que había sentido un minuto antes.

Sus ojos se clavaron de vuelta en Gábor y este arrugó el entrecejo, a sabiendas de que algo no iba bien.

—Vete —siseó Ash, con tono gélido. Le apartó con brusquedad la mano que continuaba en su muslo.

Gábor apretó los labios.

—No me digas que no vamos a darnos ese beso pendiente por el imbécil con el que sales. Un mensajito suyo y se te olvida lo que quieres.

—Ciertamente no es por tu novia —le espetó ella con voz agria—. No tienes escrúpulos. Con castigo o sin castigo, nunca te llevaría conmigo a la Tierra. Necesito a alguien a quien no tenga que cambiarle los pañales o preocuparme de que me apuñale por la espalda cuando se le antoje una golosina. ¿Por qué no maduras de una vez?

Gábor apretó la mandíbula con manifiesto enfado, y se apartó de ella.

—Te aseguro que cuando estés ahí abajo te arrepentirás de esto —le espetó, apuntándola con el dedo índice.

Al ver que Ash lo contemplaba impasible, sin dar señales de cambiar de idea, se dio la vuelta para dar una patada a un taburete y marcharse por donde había venido.

"SOMOS DEL MISMO MATERIAL DEL QUE SE TEJEN LOS SUEÑOS".

#### 4

En cuanto abrió los ojos, Driamma supo que estaba en la extraña sala en la que había soñado con su madre la noche anterior. Solo que esta vez se encontraba perfectamente, y no tuvo problemas para erguirse y apoyar los antebrazos en el colchón.

Su visión tampoco era borrosa, y pudo distinguir con total claridad el místico lugar en el que había despertado.

La sala redonda estaba delimitada por cortinas blancas que, aunque no dejaban ver más allá, permitían el paso de un resplandor parecido al del sol al

amanecer. Las cortinas no debían de ser pesadas, pues ondulaban movidas por una suave brisa. Estaba segura de que, si miraba más allá de estas, vería la playa, ya que el aire estaba impregnado de una humedad pegajosa y un aroma a gambas.

En el centro de aquel lugar, y como único mobiliario, estaba la cómoda cama. También redonda, era amplia con sábanas de satén, tan suaves que no podían ser reales. De hecho, nada en aquella habitación podía serlo, y, aun así, lo sentía tan auténtico como su propio cuarto.

—¿Qué le has hecho a tu pelo?

La voz apremiante que le llegó a su espalda la hizo dar un brinco sobre el colchón.

Las sábanas se le enroscaron en las piernas al girarse para ver al emisor.

Esta vez no se trataba de su madre, sino de un muchacho al que no había visto jamás. Él provenía de las cortinas, pero se detuvo bruscamente al ver el rostro de Driamma.

—Discúlpame, me he equivocado —dijo, su tono más serio.

Su pelo azabache bailaba en mechones desordenados alrededor de su cara, más largos de lo que dictaba la moda masculina en la academia. Su piel tenía un bonito tono canela, pero lo que le llamó la atención fue la envidiable uniformidad de su color, sin máculas ni rojeces.

A Driamma nunca le había gustado el aspecto rechoncho que tenía su rostro, aunque la aniñara y por ello al envejecer fuera a parecer más joven. Alguna vez había intentado hacer gimnasia facial para darle un aspecto más prieto a su cara. Por eso envidió a aquel chico. Su piel era tersa y el rostro delgado, aunque su mandíbula rectangular masculinizaba su forma.

—Perdona de nuevo mi intromisión —repitió él tras el momento en el que ella lo había analizado en silencio—. No te molesto más.

El joven se giró para regresar a la cortina y probablemente desaparecer tras estas.

Driamma se arrancó las sábanas de las piernas y se levantó rauda de la cama.

—¡Espera!

Él se detuvo y se volvió a medias. Driamma avanzó para detenerse justo frente a él y poder contemplarlo mejor.

—No creo que nos conozcamos —aseguró con un tono más relajado. Había interpretado su escrutinio como un intento por reconocerlo—. ¿Quién eres? —le preguntó, contemplándola con sus potentes ojos.

Driamma no sabía exactamente qué tenían sus ojos, quizá la forma en la que se arqueaban hacia abajo en los extremos, o el bonito color casi metálico, pero con un brillo ambarino.

—Eso debería preguntarlo yo, que es mi sueño —se burló. Le sorprendió que su voz sonara igual en aquel lugar tan peculiar—. Nunca me habían preguntado quién soy en un sueño. Puede que esto sea uno de esos espiritualmente reveladores, como el de los nativos americanos tras días sin comer en el bosque fumando a saber qué plantas.

El muchacho la contempló con ojos entornados, y entonces pareció darse cuenta de algo, porque sus facciones se relajaron.

—Puede que este sea uno de esos sueños —concedió él—. ¿Llevas días sin comer y has fumado algo ilegal?

Driamma sonrió.

—No sabía que quedaban sustancias legales por fumar.

El joven frunció el ceño.

Lo analizó de arriba abajo. Vestía una camisa tan elegante que bien podría haber sido un diseño de Juan Valera. La llevaba remangada y desabotonada hasta mitad del pecho. Como un hombre de negocios que se relaja en casa tras un día estresante en la oficina. Sus pantalones oscuros de corte ejecutivo estaban tan impecables como la camisa.

—Llevo años sin ver una tela así...

Lo dijo más como para sí misma, pero de pronto él parecía muy interesado en todo lo que Driamma decía. Sus ojos escanearon su rostro con ávida curiosidad.

—¿Quién eres? —le preguntó él apremiante.

Se quedó callada, mientras aquel extraño, producto de su imaginación, esperaba una respuesta expectante. Si su mente inconsciente estaba intentando decirle algo con todo aquello, no estaba comprendiendo el mensaje.

Miró su rostro con atención, preguntándose si quizá había algo vagamente familiar en él, o si simplemente estaba intentando convencerse a sí misma de que lo había visto en algún lugar para darle sentido a todo aquello.

La noche anterior, durante su sueño, Erina le había asegurado que Bronte estaba vivo y que ya era hora de que volviera a la Tierra si no quería morir deshidratada. El mensaje había sido claro.

Driamma elevó el mentón hacia el techo de la peculiar sala. Estaba cubierto por un vidrio fosco que permitía el paso de la luz del sol, pero no dejaba ver más allá.

—Estoy preparada para tu mensaje, sea lo que sea... adelante —declaró solemne con brazos alzados, no solo dirigiéndose al chico sino a la habitación en general.

El joven alzó una ceja y miró de ella hacia el techo.

—¿Con quién hablas?

Driamma puso una mueca de impaciencia y levantó un dedo.



—Con mi mente inconsciente. Este sueño está durando demasiado. Si tú eres el portavoz de mi imaginación, dime lo que sea que tienes que decirme y déjame dormir.

Por el rabillo del ojo lo vio esbozar media sonrisa.

—Técnicamente ya estás durmiendo —matizó.

Driamma puso los ojos en blanco y se cruzó de brazos.

—Técnicamente nadie debería ir a trabajar con una camisa tan ajustada, pero ahí estás tú.

La sonrisa de él se disipó y bajó la barbilla para mirarse.

—Vengo de una fiesta —se excusó.

—¿Sales de fiesta con ropa de ejecutivo?

—Era una noche de gala, no puedo ponerme vaqueros. No me tomarían en serio.

Driamma se rio, y no se molestó en ocultar que se reía de él.

—No te preocupes, si lo entiendo. Uno no se pasa horas de sufrimiento en el gimnasio para ocultar el resultado con una talla más, ¿verdad?

Quería provocarlo con su comentario, pero logró otro efecto. El joven volvió a arrugar el entrecejo, mirándola con atención.

—Horas de sufrimiento en el gimnasio... —repitió, como si Driamma hubiera declarado ser Papá Noel en persona. Dio un paso hacia ella—. ¿Quién eres?

Driamma se deslizó hacia atrás. No estaba acostumbrada a sentirse incómoda, pero aquel muchacho, alto como una torre, lo había logrado con sus preguntas y su mirada taladrante.

—¿Quién lo pregunta? —inquirió a su vez, cruzándose de brazos. Estaba empezando a irritarle el interrogatorio, y que la mirara como si fuera sospechosa de algún delito.

La contempló de esa forma durante lo que le pareció una eternidad, mientras apretaba los labios, dubitativo.

—Puedes llamarme Morfeo —dijo al fin.

—Morfeo —repitió Driamma, pensativa—. Como el dios del sueño.

Morfeo asintió.

—Tu turno.

—Puedes llamarme Quete —le dijo con el mismo tono ceremonioso que él había usado.

—Quete, ¿qué más?

—Quete la diosa de Den. Que te den —terminó Driamma, inclinándose para hacerle una reverencia.

Por mucho que Morfeo no fuera un chico real, la irritaba y no pensaba darle

su verdadero nombre cuando él tampoco lo había hecho.

Morfeo, que había esperado escuchar su identidad con ávido interés, apretó los labios al darse cuenta de la burla y volvió a reducir la distancia entre ellos.

Pero entonces un sonido retumbó en la sala, y ambos miraron hacia el techo.

—¡No! —exclamó Morfeo, pareciendo adivinar de lo que se trataba.

Alguien la llamaba y la sacudía del hombro. Era hora de despertarse y volver a la realidad.

—Adiós, Morfeo.

Al menos, al final ella le había dejado a él y no al revés.

## 5

Sooz avanzó por el jardín con presteza. No porque llegara tarde a su cita, sino porque a medida que se acercaba el día del despegue, la tensión se había acumulado en sus músculos como una olla a presión al punto de ebullición. Notaba una inusual sensación de adrenalina recorriendo su cuerpo cuando estaba en reposo. Sus pulmones habían olvidado respirar a intervalos, y a menudo los sorprendía impacientes, tomando más aire del que necesitaban. El único momento en el que no lo notaba era cuando se encontraba en acción, e incluso entonces, vacilaba al realizar movimientos que antes le habían sido naturales.

Sabía que se trataba del enemigo del siglo XXI, el estrés. Pero a pesar de que los instruían desde pequeños para ahuyentar a ese fantasma silencioso, y de haber duplicado sus sesiones de meditación, estaba sucumbiendo a sus crueles garras.

Tras sortear el último árbol, divisó a Ash y a Driamma sentadas sobre los pupitres de la explanada. En circunstancias normales un profesor las regañaría por el mal uso de las instalaciones, pero en esos días, y en especial a tan solo diecisiete horas del despegue, ya nadie tenía la cabeza en preocupaciones cotidianas.

Ash estaba pálida, incluso más de lo normal, mientras escuchaba con atención algo que Driamma explicaba con aspavientos.

—Ahí está Sooz —exclamó Ash, al verla—. Puede que ella lo sepa.

Driamma se giró para recibirla. Al contrario que ellas, la joven resplandecía aquella mañana.

—¿Saber qué? —inquirió, curiosa por descubrir qué se traían entre manos.

—Dri ha vuelto a tener el sueño extraño en la habitación de las cortinas blancas —comenzó Ash, mientras Sooz se sentaba junto a ellas.

—¿Con tu madre?

—Esta vez no era su madre sino un chico, Morfeo —intercedió Ash con el tono de una niña contando un cuento—. Y Dri se ha encaprichado con él.

—No me he encaprichado —protestó esta. Pero había un brillo curioso en sus ojos—. Simplemente tengo curiosidad por saber si es fruto de mi imaginación o alguien que he visto por Noé. ¿Crees que el *Manifiesto de Supervivientes* cuenta con una base de datos con fotos de cada uno de vosotros?

—Solo ha sido un sueño.

—Oh, vamos —exclamó Driamma, poniendo los ojos en blanco—. Me da igual. Solo tenía curiosidad. Los sueños son tan raros...

Estaba segura de que Driamma no era la única teniendo sueños extraños en Noé, dadas las circunstancias y la tensión en la que se encontraban.

—Pero basta ya de mí, vosotras sois las que tenéis toda la presión —dijo la morena, zanjando el tema—. No puedo creer que os vayáis esta madrugada. Ha pasado tan rápido. ¿Cómo os sentís?

Ash exhaló una bocanada de aire.

—Yo, sorprendida —bromeó la pelirroja—. Aún no puedo creer que vomitara tantas veces al venir a Noé y ahora ni una sola.

—Has cambiado Ash, ¿no te das cuenta? —comentó Sooz en alto. Lo había notado hacía tiempo.

La muchacha la observó un tanto confusa.

—Totalmente —corroboró Driamma, con una sonrisa—. Has crecido, te has hecho fuerte por dentro. Tienes más confianza en ti misma, y has aprendido mucho sobre relacionarte.

La expresión de duda en su rostro indicó que su tendencia a negativizarse a sí misma aún estaba ahí.

—Todavía te quedan cosas por desarrollar, a todos nos quedan... —continuó Sooz—. Pero si miras atrás ahora y recuerdas a la chica que llegó a la academia, verás que ya no existe. La has superado, y no lo hubieras hecho de no haber dado ese paso que te asustaba tanto como para vomitar. Ni la idea de jugarte la vida te asusta tanto. Siéntete orgullosa de ti misma, porque has vencido tus peores miedos.

Era tan fácil ver los sentimientos de Ash pintados en su cara, porque su piel no lograba ocultar sus rubores. Sus ojos se humedecieron, las palabras de Sooz la habían tocado de cerca.

—Es la ironía de la timidez —se burló Ash—. Te da más miedo conocer a un grupo de gente, que jugarte la vida. Pero aún no he ganado esa guerra ni nunca lo haré. Siempre formará parte de mí. Es una batalla eterna... Si lucho y me esfuerzo por hacer cosas que no me apetecen, le gano terreno al enemigo. Pero si me relajo, volveré al punto de partida. Al menos ahora sé que soy capaz. Al menos ahora sé que nuestros miedos nos tienen miedo.

Sooz suspiró pensando en las últimas palabras de Ash. Acaso no todos ellos libraban esa batalla interior contra sus propios miedos. La única diferencia era que ella, al contrario que Ash, se había rendido al tirano de su interior.

—Has sido bastante más valiente que yo —reconoció con tono alicaído—. No enfrentarme a mis miedos me ha costado perder a Elek. Ahora voy a morir y ya nunca tendré la oportunidad de estar con el único chico que me importa.

Driamma dio un salto del pupitre y las enfrentó con manos alzadas, preparadas para una súplica.

—¿Queréis dejar de decir que vais a morir? —les exigió, con tono autoritario—. No puedo permitirme ni una sola baja más en mi vida. Os lo prohíbo, ¿me oís? Os juro que os mataré como no volváis sanas y salvas.

Las tres rieron al darse cuenta de lo tonto de la amenaza. Pero fue una sonrisa triste. En pocas horas, tanto Ash como ella se despedirían de todos sus conocidos para, tenía que reconocer esa posibilidad, no volver a verlos jamás.

Iba a decirle a Driamma que aún contaba con Tesk, pero las palabras no acudieron a sus labios. En su lugar, notó cómo su cuerpo se levantaba de la silla para estrechar a la joven entre sus brazos. Segundos después, Ash se unió al abrazo. Puede que aquella fuera la última vez que estuvieran las tres juntas.

Se separaron en silencio, apenas un instante después, al oír las voces que se aproximaban a ellas a través de los árboles.

Tenían una cita con el jefe de astronautas, que iba a darles las últimas indicaciones antes del despegue.

El director Lozis acompañado por Tesk y otro hombre se acercaron a ellas, y se separaron del grupo principal, compuesto por Orla, Violeta, la ministra de Seguridad, y otros dos astronautas.

—Khan, Kraznai —las saludó Lozis mirándolas por primera vez como adultas—. Permitirme que os presente al piloto que va a llevaros a...

Lozis nunca terminó su frase.

Todos ellos quedaron demasiado estupefactos como para mediar palabra, pues Driamma acababa de darle un puñetazo al astronauta.

—¡Driamma! —exclamó Tesk al fin, con total incredulidad.

Ella se limitó a comprobarse los nudillos con expresión de dolor, mientras el hombre, que estaba intentando incorporarse con la ayuda de Lozis, la insultaba bajo la mano que apretaba la herida de su labio.

—Es un viejo amigo —explicó Driamma, al ver que todos la observaban con ojos como platos.

Lozis se llevó al hombre, casi por la fuerza, para evitar que se enfrentara a su agresora como parecía desear hacer, con la excusa de aplicarle el curativo.

Ash y Driamma estaban demasiado sorprendidas como para mediar palabra,

pero Tesk se recuperó del asombro antes.

—¿Se puede saber qué demonios te ocurre? Acabas de golpear al piloto de la expedición —la regañó, aún con un deje de incredulidad.

La expresión de la joven varió de la placidez al disgusto.

—¿Qué? ¿Nayakan va a llevar a mis amigas a la Tierra? —gritó, con clara indignación.

Tesk alzó las manos para que bajara la voz, mientras echaba un vistazo al grupo principal, que, enfrascados en su conversación, parecían haberse perdido la escena.

—No quiero que Nayakan sea su piloto —protestó esta, y Tesk la sujetó de los brazos para empujarla hacia los árboles. La trataba como a una niña pequeña a la que le ha dado una rabieta. Driamma opuso cierta resistencia y se volvió hacia ellas.

—No confiéis en él —les indicó, marcando las palabras con claridad, para que tomaran su mensaje en serio.

Pero no pudieron preguntarle al respecto, ya que la ministra Violeta se acercó a ellas.

Tenían varias entrevistas aquella mañana. Violeta iba a repasar con ellas el protocolo de seguridad y cómo comportarse en casos de emergencia. Lo que básicamente significaba caer prisioneras de los progresistas. También tenían que repasar el plan de actuación, una vez se reunieran con el grupo de aliados.

Los astronautas estaban allí para repetir la lección sobre detalles de la nave y otras nociones mecánicas.

Llevaban casi dos años entrenándose para aquello en la academia. Pero ahora que el momento se cernía sobre ellas como una tempestad en mitad del océano, Sooz sentía que todos sus conocimientos la habían abandonado a su merced.

Lo último que necesitaba para empeorarlo todo, era la inquietante idea de que no podían confiar en su piloto.

Tras dos horas de repetir hasta la saciedad qué debían hacer en distintos casos hipotéticos, las dejaron marchar.

Fueron directo a buscar a Driamma, que estaba sentada con las piernas enlazadas en posición de yoga y el tronco apoyado en uno de los árboles del jardín.

Tesk seguía a su lado, también sentado sobre la hierba a un metro de Driamma. Desde que ella intentara besarlo, el profesor se esforzaba por mantener una distancia rigurosa, notó Sooz sonriendo ante lo cómico de la situación.

No le parecería tan gracioso si hubiera visto a su amiga con el corazón roto,

pero si algo le había quedado claro, era que Driamma no tenía esa clase de sentimientos por Tesk y su rechazo la había dejado indiferente. Se habían equivocado al pensar que había algo romántico entre ellos.

—¿Y bien? —inquirió Ash cuando llegaron hasta ellos. Observaba a Driamma desde arriba con los brazos en jarras—. ¿De qué conoces a Nayakan?

—¿Por qué no podemos confiar en él? —añadió Sooz. No se había podido quitar esa frase de la cabeza.

Driamma y Tesk intercambiaron una mirada antes de que esta respondiera.

—Fue el piloto que me trasladó de Friarton a Noé —se limitó a decir con la cabeza inclinada. Ya no parecía estar tan deseosa de hablarles de aquel hombre.

Sooz se cruzó de brazos y posó su mirada sobre Tesk. Estaba segura de que el profesor era el responsable del cambio.

—Dri, ¿por qué no podemos confiar en él? —repitió con tono duro, dando a entender que no iba a dejarlo pasar.

Driamma suspiró molesta y volvió a mirar a Tesk con enfado.

—No tengo buenos recuerdos de ese viaje y del dolor que me causó la instalación del sebra por su culpa. Él me recuerda a ese viaje... —se detuvo un tanto irritada con que la miraran como si estuviera loca—. ¡Se merecía ese puñetazo! —resumió, ignorando la mirada de advertencia del profesor.

Sooz suspiró deseando que Tesk se marchara y las dejara a solas.

—Driamma, si este hombre no es de fiar, no podemos permitir que nos lleve a la Tierra —la increpó. Necesitaba que entendiera lo importante que era aquello.

La chica puso una mueca entre cansada y arrepentida.

—Es el mejor piloto de Noé —concedió de mala gana.

—Necesitáis al mejor para cruzar el escudo protector a tiempo —intervino Tesk—. Un solo segundo o milímetro de error basta para que salte la alarma y sepan que habéis entrado en la Tierra.

—Pero no quiero que nos lleve alguien en quien no podemos confiar —protestó Ash con voz débil.

Todo aquello era incluso más difícil para ella. Si Sooz con su intrépida forma ser tenía miedo, Ash debía de estar al borde del colapso.

Tesk miró a Driamma con gesto adusto.

—Ves lo que te decía...

La chica le devolvió una mirada ceñuda. Arrancaba trozos de hierba inconscientemente con los dedos mientras hablaban.

—¡Pero es verdad! No pueden fiarse de él... —protestó enfurruñada, y elevó el mentón hacia ellas—. Es un gran piloto, pero no confiéis en lo que os diga.

Tesk le dio un manotazo suave para que parara de torturar al pobre césped.

A Sooz no le gustaba nada aquello. No solo tenían que preocuparse por lo que podría ocurrirles si por un fallo activaban la alarma del escudo progresista, y de lo que se encontrarían en presencia de supuestos aliados, sino que, además, ni siquiera podían fiarse de su piloto y único acompañante.

Soltó una larga exhalación y se giró para encarar a Tesk. Se cernió sobre él como un torreón tapándole el rostro del sol del mediodía.

—¿Estás seguro de que debemos ir con él? —le preguntó con mortal seriedad.

El profesor apretó los labios y asintió.

—Necesitáis al mejor piloto, aunque no sea la persona más íntegra de Noé —ponderó con la convicción suficiente para convencerla.

—Espero que no te equivoques... —espetó Ash, sin añadir nada más se dio la vuelta y se marchó.

El hombre la contempló alejarse sorprendido. No era propio de ella hablarle mal a un profesor.

—Pobre —dijo Driamma también siguiéndola con la mirada—. No envidio lo que se le viene encima.

Sooz pestañeó y tomó una bocanada de aire, mientras Tesk le decía a Driamma que preocupar más a Ash era justamente lo que quería haber evitado.

—Cuidaré de ella —les prometió Sooz.

Su amiga la miró con el mentón alzado y una ligera sonrisa.

—Sé que lo harás —la sonrisa se borró y la contempló con cierta tristeza—. Pero ¿quién cuidará de ti?

## 6

Era casi la hora de inyectarse el suero que la noquearía en un sueño profundo e inexorable. Se lo habían entregado con órdenes claras de que se lo administrara a sí misma ni un minuto más tarde de las 9 de la noche.

El suero las haría caer, tanto a ella como a Ash, en un sueño reparador e ininterrumpido para que al despertar minutos antes del aterrizaje en la Tierra, mente y cuerpo estuvieran bien descansados y preparados para funcionar al máximo. Nadie sabía qué las aguardaba allí abajo y cuándo volverían a tener la oportunidad de dormir de nuevo.

Sooz pasó la yema de sus dedos por el pequeño cilindro de vidrio de la jeringuilla. Una mano invisible parecía apretarle el corazón, recordándole que quizá ya nunca volvería a ver a nadie de Noé.

Sacó el capuchón de la aguja e irguió la mano para acercarse la diminuta punta al cuello. Bastaría un ligero toque contra su piel para que surtiera efecto.

Sabía que aún no era la hora, pero necesitaba aliviar el terrible dolor que sentía en el pecho. Driamma tenía razón: la vida de Sooz había sido un camino de rosas y ahora se daba cuenta de lo que significaba perder a tus seres queridos. O tan solo la idea de perderlos ya bastaba para abrasarlo todo en tu interior.

Detuvo la jeringuilla apenas un centímetro de su piel y su corazón maltrecho dio un vuelco al escuchar que llamaban a la puerta de su habitación.

Acababa de cenar con sus padres y Gábor, y la única persona de la que aún no se había despedido era Elek.

Despacio, depositó la jeringuilla en su mesita de noche con manos temblorosas. Bajó las escaleras de dos en dos y se acercó a la puerta de su dormitorio con el corazón disparado.

Tenía que ser él.

Durante la cena no había dejado de echar miradas sobre su hombro, esperando verlo entrar en el comedor, pero no hubo ni rastro del muchacho con el que había crecido esos últimos años. Conforme pasaron los minutos, se había ido hundiendo en la descorazonadora idea de que no pensaba despedirse de ella. Ni si quiera dada la peligrosidad de la misión.

Sin embargo, no lo había culpado a él, sino a sí misma. Ella lo había empujado lejos, y ahora pretendía que pasara sus últimas horas con ella en lugar de seguir con su propia vida.

Niña malcriada.

Antes de abrir la puerta se obligó a respirar, pues su cuerpo parecía haberse paralizado en el momento en que oyó los suaves toques contra la superficie.

Pensaba que era imposible después de tantos golpes, pero notó el momento exacto en el que se rompió su corazón de nuevo, al encontrarse a su hermano en lugar de a Elek.

—¿Llego a tiempo? —inquirió Gábor, esbozando una de esas sonrisas, que había metido en líos a tantas chicas.

—Diez minutos —musitó Sooz, sin molestarse en ocultar su impaciencia. Gábor se había mostrado distante e indiferente con ella durante toda la cena familiar. Si no fuera porque le conocía bien, hubiera creído que la noticia de su muerte en la Tierra no le afectaría en lo más mínimo.

Sin pedir permiso, en su papel de hermano entrometido, se apretujó entre ella y el hueco de la puerta que quedaba libre, y entró en la habitación.

Sooz dejó que la siguiera a la planta de arriba y se tumbó en la cama donde tenía todo preparado.

No conseguía alejar la sensación de que aquella inyección iba a matarla o al menos llevarla lejos de todo lo que conocía y amaba. Lo que era muy parecido a morir.



Gábor se sentó a su lado con la espalda apoyada en el cabecero de la cama, como habían hecho tantas veces en el pasado.

—Cuando papá y mamá te mostraron a mí la primera vez, recuerdo sentirme decepcionado de que algo tan feo y arrugado fuera a causarme tantos problemas —comenzó con tono neutro—. Incluso a mi corta edad, sabía que habías llegado para quitarme las cosas que más me importaban. La atención de mis padres, mis juguetes, mis caramelos, mi espacio..., pero esto se ha llevado el premio gordo, hermanita. Me has quitado a Khan y la misión a la Tierra con la que llevo meses soñando. Nunca nada ha sido tan importante para mí, ¿sabes?

Sooz giró la cabeza para observar el perfil de su hermano.

—Te lo has hecho tú mismo, Gábor.

—Lo sé, me he dado cuenta esta noche, al ver cómo todos te hablaban —continuó él—. Te trataban como a un adulto. Durante toda la tarde me he preguntado cómo puede mi hermanita pequeña ser considerada adulta antes que yo. Y me he dado cuenta de que todo este tiempo te has ganado ese trato mientras yo me lo pasaba bien. He sido Peter Pan, y me he saltado las normas. He tenido ciertos problemas con el hecho de que Khan resultara tener tetas.

—Siempre has tenido problemas con ellas —se burló Sooz, esbozando una sonrisa.

—Así es —concedió él, sonriéndole desde arriba—. Créeme, no me había esperado que Khan fuera a venir con ese envoltorio. Pero así es, y la he cagado con ella. Por todo esto, ahora eres tú la que va a cumplir mi sueño y te odio por ello.

—Yo también te quiero, hermanito —susurró, con sarcasmo. Al menos, Gábor la estaba distraendo un poco de la profunda tristeza que sus últimos minutos en Noé habían adquirido.

—Cuando cumpliste un año me di cuenta de otra cosa —continuó él, ignorando su sarcasmo.

—¿De que papá y mamá lo notarían si me ahogabas en la bañera?

—No, eso lo entendí tras intentarlo por primera vez.

Sooz rio y supo que iba a echarle de menos.

—Fue un día que te tiré una pelota de goma a la cabeza porque me habías enfurecido mucho por algo que no recuerdo. Pero en lugar de darte, rebotó contra un saliente de tu andador y me golpeó en la cara. Tú te reíste con una de esas contagiosas risas de bebe y no pude evitar carcajearme también. Creo que fue la primera vez que nos reímos juntos.

—Nunca me habías contado esa historia —dijo Sooz, girándose para apoyarse sobre su codo.

—Lo he recordado hoy —explicó Gábor—. El caso es que ese día te caíste con el andador por las escaleras y me asusté tanto que decidí algo.

—¿El qué? —inquirió, al ver que se detenía ahí.

—Que vas a morirme después de que yo lo haga —confesó él, al fin—. Así que no sé cómo vas a hacerlo, hermanita, pero vas a tener que sobrevivir a todo lo que te ocurra durante la expedición, e incluso después de esta, hasta que yo haya pasado unos años como un sexi esqueleto.

Sooz sonrió, mirándole con ternura.

El joven se inclinó para darle un beso en la frente y se levantó de la cama.

—¿Gábor? —lo llamó justo cuando empezaba a bajar las escaleras.

Él se detuvo y la miró con expectación.

—¿Dónde está Elek? —se atrevió a preguntar al fin, con seriedad.

La expresión en el rostro de su hermano fue suficiente para saber que la respuesta no iba a gustarle.

—Está en el centro de Noé —se limitó a decir, visiblemente incómodo.

—Con ella, ¿verdad? —dedujo, y una vez más sus facciones fueron suficiente respuesta—. No puedo creer que ni siquiera vaya a despedirse.

—Puede que tenga pensado hacerlo por la mañana —sugirió él, encogiéndose de hombros.

—No habrá mañana —murmuró Sooz sintiendo la presión inequívoca de las lágrimas en su garganta—. Van a meternos dormidas en la nave. Despertaremos media hora antes de llegar a la Tierra.

Gábor arrugó el entrecejo y giró la cabeza para observar la silla de ruedas que había a los pies de su cama.

—Oh —dijo, al comprenderlo. Entonces se movió incómodo sobre sus pies como si estuviera a punto de decir algo que no quería—. ¿Qué esperabas, Sooz? Elek ha estado loco por ti durante tanto tiempo. Ha sufrido con cada uno de tus novios, pero esta última vez, cuando creyó que por fin estarías con él... Bueno, esta vez sí que le hiciste daño. Para él nunca ha sido un juego.

Claramente, Gábor no tenía ni idea de lo profundos que eran sus sentimientos por Elek. Continuaba pensando que para ella era un pasatiempo, y por esa razón no sabía que lo que diría a continuación, iba a dolerle como si le estuvieran arrancando el corazón de cuajo.

—Esta es la primera vez que le veo feliz con alguien. Por fin, te ha olvidado.

Sooz no se molestó en contestarle. Tampoco habría podido, aunque hubiera querido. El dolor era tan real como la cama bajo su espalda. La idea de que Elek estuviera enamorado de otra cuando le había tenido durante años, le hizo sentir como si le arrancaran un brazo. ¿Cómo iba a vivir sin una parte de sí misma? Se dio cuenta de que había sido como un cálido abrigo alrededor de su cuerpo todos aquellos años y, especialmente, los últimos meses. Pero ahora sentía su piel desnuda en el más gélido de los inviernos.

Se dejó caer sobre la cama y aguantó su llanto en silencio hasta que los lejanos pasos de su hermano le indicaron que ya no podía oírla, y entonces lloró, notando las lágrimas saladas en su boca, mientras se ahogaba con ellas.

Él no la quería, ni siquiera como para despedirse de ella en lo que, probablemente, fuera la última vez que se verían. Tan poco le importaba.

Su mente batalló con dos ideas, la de que se lo merecía por el daño que le había hecho, y la de que le odiaba porque si se había olvidado de ella tan fácilmente era porque nunca la había amado.

Se sentía tan sola en los últimos segundos en su habitación de Noé, que lo único que rompió el sonido de su llanto fue la alarma que indicaba que eran las nueve y tenía que inyectarse el somnífero.

Su visión estaba borrosa por la llantina y sus ojos le escocían tanto que no se molestó en intentar buscar la inyección con la mirada, sino que palpó la mesita de noche hasta que su temblorosa mano dio con ella. Sin dejar de llorar, se la llevó al cuello y apretó el botón.

Segundos más tarde, sus párpados pesados cerraron la borrosa visión de su antigua vida, quizá para siempre.

No obstante, algo la conectó de nuevo al mundo por un instante. Algo irguiéndola. Abrió los ojos con dificultad y, de manera distorsionada y confusa, vio sus ojos verdes, y supo que estaba soñando.

Volvió a cerrarlos sin poder vencer el efecto de la medicina en su sistema. Pero se sentía mucho mejor, pues el sueño era tan real que podía sentir el calor del pecho de Elek bajo su mejilla y su perfume característico inundó todo su ser.

Ahora podría dormirse en paz, debido a esa maravillosa alucinación. Lo próximo que vería al abrir los ojos sería la vieja esfera azul desde el cristal de la nave. Entonces todo su dolor desaparecería. Todo quedaría atrás y algo mucho más importante llenaría sus pensamientos.

"PARA VER EL MUNDO EN UN GRANO DE ARENA,  
Y EL CIELO EN UNA FLOR SILVESTRE, ABARCA EL INFINITO EN LA  
PALMA DE TU MANO Y LA ETERNIDAD EN UNA HORA".

No fue fácil volver. El sueño, aparte de proporcionar alivio y seguridad, se había convertido en algo pegajoso y pesado, debido a la medicina. Aun así, la voz que en la lejanía repetía su nombre una y otra vez, se hizo más potente hasta

lograr enseñarle el camino a la vigilia.

El paso más complicado fue abrir los ojos, pero en cuanto lo logró el festín de imágenes que le llegaron la espabiló del todo.

—Al fin —exclamó el rostro de Sooz inclinado sobre ella—. Pensaba que se habían equivocado con tu dosis y que nunca despertarías.

Ash friccionó su lengua y sus labios, notando la sequedad y la pastosidad incómoda de su saliva.

—Agua —murmuró con una voz rasposa que aún no había despertado.

Sooz se movió para acercarle la cantimplora, y la visión del globo terráqueo a través del cristal de la nave la hizo exhalar.

—¡Por la Creación! —musitó, su pecho se encogió y su piel se erizó hasta el punto de dolerle.

Estaban allí. La Tierra se encontraba a sus pies más cerca de lo que jamás la había visto, y Noé se había quedado atrás, en la lejanía.

Estaba ocurriendo. Ya no había vuelta atrás, y por mucho que se hubiera imaginado aquel momento miles de veces en su cabeza, verlo tan de cerca con sus propios ojos era impactante.

A los mandos principales de la nave estaba sentado Nayakan. El hombre de origen asiático, era lo suficientemente menudo como para no obstaculizar su visión de lo que había más allá de la ventana de la embarcación.

—Vamos bien de tiempo —informó al mirar a Ash por encima de su hombro.

Por suerte, él se mostraba alerta y espabilado, ya que lo habían despertado un rato antes de salir de Noé. Los médicos habían calculado el momento perfecto para levantarlo y que su cognición funcionara al máximo al penetrar el escudo.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Sooz, mientras le tendía la cantimplora con agua.

Antes de responderle, le dio un largo trago agradeciendo la frescura en su boca. Debía de haber sudado aquella noche a causa de los nervios. Pero la medicina que se había inyectado, la había sumido, a pesar del estrés, en un sueño profundo, y estaba completamente descansada.

Miró a través del cristal. Iban a tal velocidad que ya no se advertía la forma redondeada de la Tierra, sino que parecía un tapiz de colores azulados y blanquecinos bajo sus pies.

No sentía la felicidad con la que había asociado su vuelta al planeta desde pequeña. Miraba el globo terráqueo, haciéndose más gigantesco y detallado a cada segundo, y lo intuía lleno de incertidumbre y salvajismo. Allí no encontraría la civilización ordenada y controlada en la que había crecido, sino una Tierra posbélica sin normas, ni instalaciones y plagada de enemigos. Como una de esas ciudades en las películas de zombis, que una vez fue segura, pero que

ahora era una jungla de asfalto.

—Estoy aterrada —confesó.

Sooz sonrió, con evidente nerviosismo.

—Yo también.

Nayakan le pidió la cantimplora a Sooz sin moverse del sillón de mandos.

Los mandos de las naves siempre le habían recordado a la zona de trabajo de un dentista, con mesas pequeñas sujetas por un tubo alargado que podía apartar y acercar a su antojo.

—Falta poco —les anunció, mirándose la muñeca—. Si tenéis que ir al servicio, hacerlo ahora.

Sooz emergió del aseo un minuto más tarde, mientras Ash observaba la nuca azabache del hombre que tenía sus vidas en las manos.

Nayakan detuvo la nave y la imagen holográfica de la ministra de Seguridad junto con un contador apareció frente a ellos. Los números en rojo marcaron 5 minutos con sus correspondientes segundos y milésimas, y empezaron a descender.

—Esta es la última comunicación que podremos establecer —comenzó a decir Violeta.

Estaban a las puertas del escudo protector que los progresistas tenían alrededor de la Tierra, y una vez pasaran ese punto toda comunicación con Noé sería registrada de inmediato por los enemigos. Lo que quería decir que estarían totalmente incomunicados sin saber por cuánto tiempo.

—Conocen el protocolo de esta misión, aplíquenlo —continuó la ministra—. Buena suerte a todos. Los corazones de Noé están con vosotros.

Su imagen desapareció un segundo después de su despedida y el contador se amplió en su lugar.

Ash intercambió una mirada con Sooz y supo que sentía lo mismo que ella. El más inmenso desamparo al saberse fuera del alcance de la protección naturalista. Estaban demasiado lejos, en terreno progresista, y no había nada que pudieran hacer para asistirlos. Pero ni siquiera iban a poder comunicarse con ellos. El cordón que las unía a su hogar acababa de ser cortado, dejándolas a la deriva en el espacio.

El contador continuaba descendiendo, y para ese momento Ash estaba segura de que indicaba el tiempo que le quedaba de vida.

En realidad, marcaba el momento exacto en que la macrocelebración progresista apagaría el escudo protector durante 20 segundos.

Si algo iba mal, los progresistas sabrían que una nave naturalista había llegado.

—¿Qué ocurre si no cruzamos a tiempo? —preguntó Sooz—. ¿Damos media

vuelta y regresamos?

Nayakan la contempló con seriedad y cierto fastidio, como si considerara que no se había estudiado el protocolo.

—El protocolo prioriza las vidas de Noé por encima de las nuestras —contestó con tono gélido—. No podemos permitir que nos sigan y descubran la localización de Noé.

Sooz cerró los ojos al comprender lo que estaba diciendo.

—No hay vuelta atrás.

—No hay vuelta atrás —repitió Nayakan—. Soy el mejor piloto naturalista. Por eso estoy aquí. Voy cruzar ese escudo en el momento perfecto y voy a llevaros a a vuestro destino, salvos y sanos. Confíad en mí.

Las chicas intercambiaron una mirada grave, al recordar que Driamma les había dicho justo lo contrario. Quizá fuera el mejor piloto de Noé, pero no pensaban confiar en él.

Sooz se sentó y se abrochó el cinturón y Nayakan seleccionó distintas opciones en el mando cuando el último minuto corrió, deslizándose segundo a segundo como arena entre los dedos.

En cuanto terminó la cuenta regresiva, una alarma comenzó a resonar con cada segundo que les quedaba para cruzar, junto con los dígitos en rojo de los veinte segundos que avanzaban con la velocidad máxima. Mientras, la línea verde holográfica, que indicaba el recorrido que les quedaba por delante, apenas parecía moverse. Rojo y verde avanzaban de forma inversamente proporcional, en una lucha encarnizada, de la que dependían sus vidas, mientras Nayakan llevaba la nave a su límite de velocidad.

Las paredes y los asientos temblaban debido al exceso de esta y varios sensores activaron las alarmas ensordecedoras de la propia nave advirtiendo del peligro de continuar con esa rapidez.

Ash, con la nuca pegada a su silla, observaba la imagen sin aliento, sin ser consciente de que estaba apretando tanto los reposabrazos que se estaba destrozando las manos.

Al fin pasaron la zona verde, a dos segundos de que el escudo protector se reactivara, y todos recuperaron el aliento.

Nayakan se giró hacia ellas y les sonrió con una mezcla de alivio y orgullo.

A pesar de la advertencia de Driamma, Ash sintió la urgencia de abrazarlo, pero se contuvo.

La nave tembló otra vez, ligeramente al cruzar las nubes.

—Dos minutos para el aterrizaje —anunció Nayakan, con un tono más relajado.

Sooz alargó la mano desde su silla para ofrecérsela a Ash, que la cogió con agrado, sintiéndose mejor por el simple contacto. Se sonrieron y la fuerza pasó de una a otra, aliviando el extenuante pánico que devoraba su interior.

—Me alegro tanto de que estés con... —Ash no llegó a terminar la frase, pues un impacto colosal sacudió la nave, golpeándola contra su propio asiento. La mano de Sooz escapó de entre la suya cuando el cuerpo de la joven salió disparado junto con su silla.

—¡Sooz! —gritó Ash en medio del caos trepidante de la nave cayendo en picado y el estruendoso sonido de una alarma. Se había golpeado la sien contra el asiento y le dolía el cráneo en oleadas intermitentes.

Ash ya no se encontraba en vertical, sino prácticamente en horizontal, por lo que apenas podía vencer la inercia de la caída y levantar el cuello. Lo único que escuchó antes de sentir el impacto contra la Tierra y que todo se desvaneciera, fue la voz femenina de la nave repitiendo:

—Impacto misil en el sistema de maniobra orbital.